



## CAPITULO XVII

### Gowan

A la mañana siguiente, antes de almorzar, Arturo salió á dar un paseo por los alrededores, y como hacía buen tiempo, cruzó el río en la barca é internóse por un sendero á través de las praderas. Al regresar fijóse su atención en un individuo que hacía señas al barquero para que fuera á recogerle desde la orilla opuesta.

Era un hombre como de treinta años, moreno y de aspecto elegante. En el momento en que Arturo franqueaba una pequeña eminencia para llegar á la orilla, el desconocido le miró un instante, y como no hubiese llegado la barca aun y deseaba al parecer entretenerse en algo, comenzó á desenterrar guijarros de la arena con el tacón de la bota, colocándolos luego convenientemente para lanzarlos al agua con la punta del pie. Esto no tenía en rigor nada de particular, pero á Clennam le pareció que la manera de arrancar los guijarros revelaba cierto sentimiento de crueldad. ¡Cuántas veces hemos experimentado impresiones análogas al observar la manera con que un hombre ejecuta el acto más insignificante, tal

como arrancar una flor, rechazar un obstáculo, ó hasta destruir un objeto insensible!

El extranjero parecía preocupado, como lo indicaba claramente su fisonomía, y no hacía el menor caso de un magnífico perro de Terranova que le miraba atentamente, siguiendo con la vista cada piedra á medida que su amo las lanzaba, y cual si sólo esperase una señal para precipitarse en el río á cogerla. El barquero llegó en breve, y cuando hubo atracado en la orilla, el desconocido hizo entrar á su perro en la barca, saltando él después, seguido de Clennam.

Llegados á la orilla opuesta, el desconocido y su perro se apresuraron á desembarcar; y sin saber por qué, Clennam se alegró de que no siguieran el mismo camino que él.

El reloj de la iglesia vecina señalaba la hora de almorzar cuando Arturo dió vista á la verja del jardín, y extrañóle oír el ladrido de un perro, en la parte opuesta, mientras él hacía resonar la campanilla.

Cuando la criada abrió la puerta, Clennam no pudo menos de asombrarse viendo allí al desconocido y á su perro.

—La señorita no ha bajado aun—dijo la criada, conduciendo á los visitantes al jardín.

Y volviéndose hacia el desconocido, añadió:

—Este caballero es el señor Clennam.

—Es muy extraño que no nos hayamos conocido en la barca, señor Clennam—dijo el extranjero;—permítame usted que me presente yo mismo; soy Enrique Gowan, para servir á usted.

Los modales y la voz de aquel hombre no eran desagradables, y Clennam pensó que si no hubiera resuelto firmemente no enamorarse de Favorita, aquel hombre le habría sido antipático.

—Esta residencia es deliciosa—dijo Gowan;—tal vez no la conozca usted aun.

—Muy poco; la visité por primera vez ayer tarde.

—Pues debo decirle á usted que ahora dista mucho de valer tanto como en la primavera; yo la he visto bajo muy diversos aspectos desde hace tres años, y puedo asegurarle que es un verdadero paraíso.

Al presentarse la hija del señor Meagles, parecióle á Clennam que sus ojos aumentaron en brillo cuando el perro se adelantó para acariciarla, y hasta pensó que nunca la había visto tan animada y alegre. Gowan, por su parte, habíase

apresurado á dar la mano á la hermosa joven, que le felicitó por su llegada, acariciando al mismo tiempo al perro.

Favorita, dirigiéndose después á Clennam, dióle la mano y cogió su brazo para subir al comedor, sin que Gowan manifestase el menor resentimiento.

La expresión de la fisonomía de Meagles, generalmente alegre, pareció obscurecerse cuando vió entrar á Gowan con su perro, y Clennam observó que también la señora Meagles manifestaba una ligera inquietud al ver al recién venido.

—¿Cómo va, señor Gowan?—preguntó Meagles, ahogando un suspiro.

—Como siempre. Estaba resuelto á no perder nada de mi visita semanal, y por lo tanto he madrugado hoy más que de costumbre para ir antes á Kingstown, donde tengo establecido por ahora mi cuartel general para concluir dos bosquejos en que estoy trabajando.

Gowan explicó después su encuentro con Clennam en la barca.

—¿Y cómo está la señora Gowan?—preguntó la señora Meagles.

—Muy bien, gracias.

—Me he tomado la libertad—dijo Gowan después de una pausa, de agregar un convidado más á la mesa de ustedes, y espero que no lo llevarán á mal. Es un joven que me ha rogado le presentara, y como pertenece á una familia distinguida, he creído que no lo llevarían ustedes á mal.

—¿Y quién es ese joven?—preguntó Meagles con aire de satisfacción.

—Es el hijo de Tito Barnacle, el joven Clarence, empleado en la oficina de su padre; pero le aseguro á usted que el río no debe temer nada de su visita, pues seguramente no le prenderá fuego (1).

—¡Ah, ah!—exclamó Meagles,—¡un Barnacle! Conocemos un poco á esa familia; me alegraré de ver á ese caballero, y le recibiremos lo mejor posible en nuestra humilde morada, procurando que no se muera de hambre.

—Les quedo sumamente agradecido—dijo Gowan;—Clarence es un asno, pero tiene muy buen fondo y sabe hacerse querer.

De la conversación que medió antes de terminar el almuerzo resultaba evidente que todos los amigos de Gowan eran

(1) La frase incapaz de prender fuego al Támesis equivale á nuestra locución castellana *no ha inventado la pólvora*.

más ó menos borricos ó bribones, lo cual no se oponía á que también fueran amables, sinceros y obsequiosos.

Durante aquella mañana, Clennam pudo notar que las facciones de Meagles manifestaban repetidas veces una marcada expresión de disgusto, y que las miradas de su esposa revelaban inquietud, sobre todo cuando Favorita acariciaba al perro, inclinando la cabeza por un lado, mientras que Gowan lo hacía por el otro. Cualquiera hubiera pensado que Meagles y su señora envidiaban aquellas muestras de cariño; y Clennam se convenció más tarde de que efectivamente era así, al ver desde el jardín á la joven en el cuarto de su padre abrazándole y llorando.

En cuanto á Gowan, como Clennam no sabía á qué atenerse respecto á su persona; y le picaba la curiosidad, acercóse á Doyce, que estaba asomado á una ventana, y le preguntó:

—¿Conoce usted á ese caballero?

—Le he visto aquí varias veces; viene todos los domingos.

—Es artista, á juzgar por su conversación.

—Sí, una especie de artista—contestó Doyce con tono irónico.

—¡Cómo!—exclamó Clennam sonriendo.

—Sí—repuso Doyce,—me parece que ha hecho un poco la corte á las Bellas Artes y que éstas le han rechazado, como suele suceder á todos esos señores que viven en Pall-Mall.

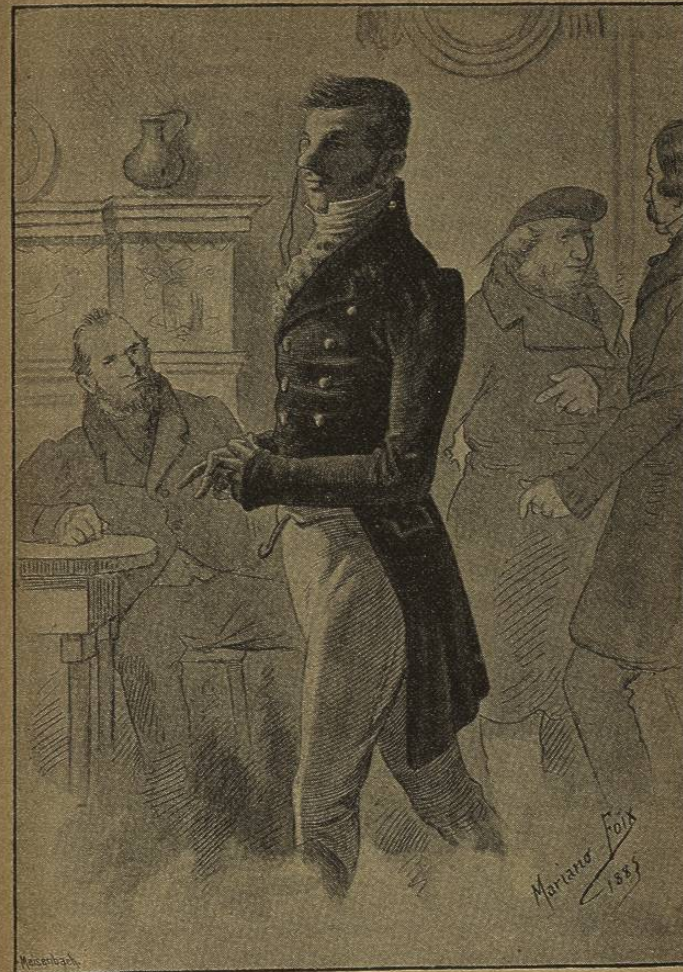
Prosiguiendo en sus investigaciones, Clennam supo que la familia Gowen era una ramificación muy lejana de los Barnacle, y que el padre había disfrutado de una pensión por haber sido agregado á una Legación británica algún tiempo antes de morir. Su hijo, Enrique Gowan, no hallando colocación alguna como empleado del gobierno, habíase dedicado á la pintura, sin llegar á ser en ella, nunca, á pesar de sus esfuerzos, ni siquiera una medianía.

Tal fué el resumen de los informes que Arturo Clennam pudo obtener sobre el artista Gowan.

Una hora después de la señalada presentóse el joven Barnacle, armado de su inseparable lente; no siendo poca su sorpresa al ver á Arturo, cuya presencia pareció desconcertarle. Tanto fué así, que aprovechó la primera ocasión para conducir á su amigo Gowan á una ventana, á fin de preguntarle, con esa entonación nasal que le era propia, si conocía á Clennam.

—Oiga usted, Gowan, veamos... ¿quién es ese individuo?

—Un amigo del señor Meagles; pero no le conozco.



Barnacle (hijo)

—Es un demócrata furioso. ¿Lo sabía usted?

—¡Bah! ¿quién se lo ha dicho?

—Lo sé porque el otro día se agarró á nosotros como una sanguijuela; fué á casa de mi padre y se aferró á su pretensión de tal modo que no hubo más remedio que echarle fuera, y después volvió al ministerio para importunarme de nuevo. Jamás he visto un hombre como ese.

—¿Qué deseaba?

—Quería saber algo, no me acuerdo qué, é invadió el ministerio sin carta de audiencia, diciendo que deseaba averiguar alguna cosa que no tengo presente.

La comida no fué aquel día tan alegre como la de la víspera, principalmente á causa del nuevo convidado, joven imbécil, que además de ser poco comunicativo estaba preocupado por la presencia de Clennam, de quien no podía apartar la vista, cual si éste ejerciese sobre él una influencia misteriosa. Siempre que le miraba, caíale el lente en el plato ó en el vaso, ó quedaba suspendido en el hombro, lo cual mortificaba más al joven burócrata, por comprender sin duda que se ponía en ridículo; mas á pesar de todo, no le era posible dejar de mirar á Clennam, como si éste le hubiese fascinado.

Por fin terminó el día, y el joven Barnacle se despidió para volver á Londres en su cabriolé, que le esperaba á la puerta; mientras que Gowan se fué á pie, seguido de su perro.

Poco después de haberse retirado Clennam á su cuarto oyó llamar á su puerta, y al abrir vió ante sí á Doyce, que con su bujía en la mano iba á preguntarle á qué hora pensaba regresar al día siguiente á Londres. Arreglado este punto, Clennam, deseando sondear un poco la opinión de su nuevo amigo respecto á los incidentes del día, díjole antes de marcharse:

—Me parece que nuestro amigo Meagles no estaba de muy buen humor hoy.

—Lo mismo creo—contestó Doyce.

—Pero la visita no ha producido el mismo efecto en la hija—añadió Clennam.

—Seguramente que no—repuso Doyce.—El hecho es que el señor Meagles ha llevado á su hija dos veces al extranjero con la esperanza de hacerle olvidar á Gowan, por creerla dispuesta á enamorarse de él.

—Supongo que habrá promesa de casamiento entre los dos jóvenes—dijo Clennam.—¿No es así?

—No; me han dicho terminantemente que no hay nada de

eso; Gowan solicitó una promesa de este género, pero la hija de nuestro amigo se negó á ello. Meagles, sin embargo, ha consentido en que el pretendiente venga una vez á la semana, pero á esto se reduce todo; y advierta usted que Minnie no sería capaz de engañar á sus padres por nada en el mundo. Usted que ha viajado con ellos habrá podido reconocer que los lazos de afecto que unen á la familia son difíciles de romper, al menos por ahora.

Al decir esto, Doyce dió las buenas noches, recordando la hora en que debían marchar al día siguiente de regreso á Londres.



## CAPITULO XVIII

## El enamorado de la niña Dórrit

La niña Dórrit no había alcanzado á los veintidós años sin encontrar quien de ella se enamorase. Hasta en aquella mísera prisión de la Mariscalía el audaz Cupido había disparado algunas flechas que hirieron en el corazón á uno ó dos presos.

Sin embargo, el que se había enamorado de la pequeña Dórrit no era un preso, sino el hijo sentimental de un carcelero, que al cabo de una larga carrera pensaba legar á su joven sucesor una llave sin tacha, para lo cual le había iniciado desde la infancia en los deberes de su cargo. Esperando la herencia, el hijo ayudaba á su madre á despachar en un estanco que tenían en la esquina del pasaje Horsemonger. El padre, aunque carcelero, no dormía en la prisión.

Muchos años antes de que la niña Dórrit hubiese tomado la costumbre de ir á sentarse en su pequeño sofá al lado de la chimenea, el joven Juan (su apellido de familia era Chivery,) que tenía un año más que la niña, dirigíale ya expresivas ojeadas; más adelante, cuando los dos jugaban en el patio, procuraba siempre ser su compañero; y apenas tuvo suficiente talla para mirar por el agujero de la cerradura de la puerta, más de una vez había olvidado la comida por contemplar á su amada á través de aquella perspectiva aérea. Cuando hubo cumplido los veintitrés años, el anamorado pretendiente tomó la costumbre de ir todos los domingos á ofrecer ci-

garros al padre de la Mariscalía, ó más bien al padre de la reina de su corazón.

El joven Juan tenía escasa talla, las piernas algo flacas, cabello rubio muy claro, y uno de sus ojos, sin duda el que miraba por la cerradura, aparentemente mayor que el otro. Por lo demás, su carácter era tímido, lo cual no le impedía tener un alma poética y un corazón fiel.

El enamorado joven había examinado bajo todas sus fases la cuestión que le preocupaba, entreviendo, á pesar de su modestia, un matrimonio por todos estilos conveniente. ¿No era la niña Dórrit hija de la Mariscalía, como él futuro carcelero? Juan llegaría á ser guardián interino, y Amy podría heredar oficialmente la habitación cuyo alquiler había pagado tanto tiempo. El joven Juan, entusiasmado por la perspectiva del feliz porvenir que en su concepto debía coronar tanto amor, hasta ideó el epitafio que habría de ornar su tumba, en el cementerio contiguo, cuando llegase su hora. Diría así:

«AQUI YACE JUAN CHIVERY, QUE FUE SESENTA AÑOS  
CARCELERO DE LA PRISIÓN INMEDIATA.  
MURIÓ EN 31 DE DICIEMBRE DE 1886,  
A LA EDAD DE 83 AÑOS,  
AMADO Y RESPETADO DE TODOS.

AQUI YACE TAMBIÉN SU MUY AMADA Y AMANTE  
ESPOSA AMY, HIJA DE GUILLERMO DÓRRIT,  
QUE NO SOBREVIVIÓ CUARENTA Y OCHO HORAS A LA  
PÉRDIDA DE SU ESPOSO. TAMBIÉN MURIÓ  
EN LA PRISIÓN DE LA MARISCALÍA,  
DONDE NACIÓ Y VIVIÓ.»

Los padres de Juan Chivery no ignoraban la pasión de su hijo, y después de discutir varias veces sobre la conveniencia de oponerse á ella ó dejarle tomar incremento, la señora Chivery había convencido á su esposo de que la unión sería aceptable, dadas las circunstancias en que se hallaban ambos jóvenes. Sin embargo, el joven Juan no había tenido nunca valor para hacer su declaración, y con frecuencia renegaba de su timidez.

En este asunto, como en todos los demás, la niña Dórrit fué la última persona á quien se pensó en consultar; su hermano y hermana conocían la pasión de Juan, pero poseídos

de la idea de que eran de elevada cuna, reñanse de las pretensiones del joven. En cuanto al padre de la Mariscalía, no era de suponer que se dignase fijar su atención en el asunto, ni menos que su pobre dignidad se rebajase hasta el punto de dar oídos á semejante demanda por parte del humilde aspirante; pero esto no le impedía aceptar los cigarros de Juan el domingo, y á veces llevaba su condescendencia hasta el punto de fumarlos en compañía del donador. También acogía afablemente las atenciones de Chivery padre, quien cedía siempre su sofá y su diario al decano cuando éste visitaba su habitación.

Por esto el padre de la niña Dórrit repetía con frecuencia:

—Ese Chivery es un hombre muy cortés, atento y respetuoso, así como también su hijo; ambos comprenden la posición que ocupo aquí, y su conducta me lisonjea y satisface.

Cierto domingo, el joven Juan, engalanado con su traje del día de fiesta, por demás ridículo, y bien provisto de los cigarros propiciatorios, dió una vuelta por el patio, subió después la escalera que conducía á la habitación del decano, y con el corazón agitado llamó á la puerta.

—¡Adelante, adelante!—exclamó una voz afable, en la que Juan reconoció al punto la del padre de su amada.

El decano estaba sentado, leyendo el diario, junto á una mesita en la que se veía una regular cantidad de calderilla, sin duda donativo de los que habían ido ya á visitar al anciano.

—¡Hola, Juanito!—exclamó el anciano,—¿cómo va, amigo?

—Bastante bien, caballero; supongo que podrá usted decirme lo mismo...

—Sí, Juan Chivery, sí; en cuanto á la salud, no tengo motivo de queja.

—Me he tomado la libertad, caballero...

—¿Eh?

El decano interrumpía siempre cuando su interlocutor comenzaba así, y abría mucho los ojos, sonriendo con afabilidad.

—Me he tomado la libertad de escogerle algunos cigarros.

—¡Oh! ¡muchas gracias, joven Juan, muchas gracias! A decir verdad, creo ser demasiado... ¿No?.. En tal caso no habremos más de ello. Hágame el favor de ponerlos sobre la chimenea y siéntese, que no es usted ningún forastero, amigo Juan.

—Gracias, caballero; es usted muy amable. ¿Y la... señorita Amy... está buena?

—Sí, Juan, sí, ha ido á tomar un poco el aire; mis hijos salen muy á menudo; pero es natural, Juan.

—Nada podría serlo más, señor Dórrit.

—Sí, ha ido á tomar el aire un rato en el Puente colgante, que desde hace algún tiempo parece ser su paseo favorito.

Y como para cambiar de conversación añadió:

—¿No tiene usted de guardia á su padre en este momento?

—No, señor, no entrará hasta la tarde.

El joven Juan comenzó á dar vueltas á su sombrero entre las manos, como si vacilara en reanudar la conversaci6n, y dijo después de una pausa:

—Me parece que debo retirarme, caballero.

—¡Cómo! ¡tan pronto! Como usted guste, Juan. ¡Vamos! no se quite el guante, joven; guárdete para estrecharme la mano; ya sabe que no es aquí forastero.

Muy satisfecho por tan cordial acogida, Juan bajó presuroso la escalera; y como el señor Dórrit observase que al mismo tiempo subían varios visitantes acompañados de algunos presos, inclinóse sobre la barandilla y gritó:

—Quedo muy agradecido al obsequio, Juan.

El enamorado mancebo se dirigió presuroso hacia el Puente colgante, temiendo al principio no encontrar á la joven, pero muy pronto la vió de pie, inmóvil, contemplando las aguas del río; parecía absorta en profunda meditaci6n, y el joven se preguntó en qué podría estar pensando.

Como la niña Dórrit continuaba sumida en sus reflexiones, sin notar siquiera que su pretendiente estuviese junto á ella, y permaneci6 así largo tiempo, Juan resolvió dirigirle la palabra; el sitio era solitario, y si no aprovechaba aquella ocasi6n, tal vez no se le presentara otra mejor.

—Señorita Dórrit—dijo, acercándose más á la joven.

La niña Dórrit se estremeci6, retrocediendo un paso, con tal expresi6n de temor, y hasta de disgusto, que Juan experiment6 un espanto indecible. Hacía mucho tiempo que la joven procuraba no encontrarse con él, alejándose cuando le veía; de modo que el infeliz Juan no pudo suponer al fin que lo hiciera impensadamente, pero supuso que esto era debido á su timidez y modestia. Aquella mirada, sin embargo, debía darle á entender la verdad.

La niña Dórrit, no obstante, reprimiendo su primer movimiento de repulsi6n, contest6 con su dulce voz:

—¡Oh! ¿usted por aquí, señor Juan?

—Sí, señorita Amy; temo haberla molestado al dirigirle la palabra.

—Sí, un poco. Yo... yo había venido aquí para estar sola, y creía estarlo.

—Señorita Amy, me he tomado la libertad de venir aquí, porque el señor Dórrit me ha dicho, por casualidad, al hacerle mi visita, que estaba usted en el Puente...

La joven pareció turbarse, y volviendo la cabeza murmuró:

—¡Oh, padre, padre!

—Señorita Amy—dijo el joven,—espero no haberle causado la menor inquietud al nombrar al señor Dórrit; le aseguro que estaba muy bueno y sano cuando le he visto, y por cierto que me ha dispensado la más cordial acogida.

Con gran asombro del enamorado Juan, la niña Dórrit volvió la cabeza, ocultando el rostro entre las manos, y murmurando: «¡Oh! padre mío, ¿por qué ha procedido así?» alejóse rápidamente.

El pobre joven, que se había quedado al principio inmóvil como una estatua, corrió después tras de la niña Dórrit, y díjole con acento suplicante, cuando la hubo alcanzado:

—Señorita Amy, ruego á usted que se detenga un momento; si es preciso que alguien se vaya, me iré yo; y crea usted que me volvería loco si pensara que yo soy quien la obliga á huir.

Su voz temblorosa y su evidente sinceridad detuvieron á la joven, que murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¿qué debo hacer ahora?

—Señorita Amy—continuó Juan,—ya sé que la familia de usted es muy superior á la mía; que entre los Chivery no hay ningún caballero de elevada cuna; y no ignoro que su hermano y hermana me desprecian altamente; mas á pesar de todo esto, me atrevería á dirigirle una petici6n.

La niña Dórrit contest6 al joven que no debía rebajar ni su persona ni su posici6n social, ni menos imaginar que ella se considerase superior á él.

Estas palabras consolaron un poco al joven Juan, que cobrando ánimos, añadió:

—Señorita Amy, hace mucho tiempo... siglos á mi parecer... que alimento en mi corazón el deseo de decirle alguna cosa. ¿Puedo hablar?

La niña Dórrit se alejó otra vez más, estremeciéndose in-

voluntariamente, pero reprimiendo su impulso, detúvose á cierta distancia sin contestar.

—¿Puedo hablar á usted, señorita Amy?—repitió el joven Juan;—sólo quiero dirigirle una humilde pregunta, y siento tanto haberla molestado involuntariamente, que no hay peligro de que hable si usted no me lo permite. Crea usted que sabré devorar en secreto mi dolor, sin causarle el menor pesar, aunque para ello debiera arrojarle al río.

Las palabras de Juan con su ridículo traje, hubieran bastado para hacer reír á cualquiera, á no mediar la exquisita delicadeza que manifestaba en aquel momento. La niña Dórrit comprendió al punto lo que debía hacer.

—Señor Juan Chivery—dijo con acento tembloroso á la vez que con calma,—puesto que tiene usted la bondad de preguntarme si puede seguir hablando, le suplicaré que no pase adelante.

—¿Jamás, señorita Amy?

—Nunca, si usted me hace el favor.

—¡Ah! ¡Dios me ampare!

—Y ahora—añadió la señorita Dórrit,—permítame usted hacerle una advertencia, franca y lealmente; y es que cuando piense usted en nosotros, Juan, quiero decir en mi hermano, en mi hermana y en mí, no crea que nos consideremos diferentes de los demás presos, pues sea cual fuere la posición que mi padre ocupó en otra época, hace ya largo tiempo que sólo somos lo que usted ve.

El joven Juan contestó con acento lúgubre que trataría de recordar el consejo para complacer á la joven.

—En cuanto á mí—añadió la niña Dórrit,—no me consagre usted ninguno de sus pensamientos, si le es posible; acuérdese usted sólo, Juan, de la niña que ha visto usted crecer en la prisión, siempre ocupada en cumplir con sus deberes; y sobre todo quisiera que no olvidase usted que cuando salgo de esa cárcel estoy sola y sin protector.

Juan contestó que obedecería en un todo, pero que desearía saber por qué la señorita Amy hacía esta última advertencia.

—Porque comprendo—repuso la niña Dórrit,—que no olvidará usted nuestro encuentro de hoy, y que se abstendrá de hablar más sobre lo que desea decirme. Es usted tan generoso, que estoy segura de que así lo hará. En prueba de ello, le diré que ningún sitio me agrada tanto como éste para entregarme á mis reflexiones, por lo cual es probable que le

frecuente á menudo, y tengo la seguridad de que, una vez advertido, no vendrá usted jamás á buscarme.

El joven Juan contestó que se consideraba como el más desgraciado de los mortales, pero que los deseos de la niña Dórrit serían leyes para él.

Cuando la joven ofreció la mano á su enamorado aspirante al despedirse, el corazón de Juan se dilató, y no pudiendo contener las lágrimas, rompió el infeliz á llorar.

—¡Oh!—exclamó la niña Dórrit con acento compasivo,—no llore usted, se lo ruego. ¡Adiós, Juan, Dios le bendiga!

—¡Adiós, señorita Amy, adiós!

El joven Juan se alejó, sin notar siquiera que la niña Dórrit se había sentado en un banco y apoyaba sobre el parapeto su mano y su rostro, como si quedase entristecida.

Al internarse por las estrechas y sucias calles que conducían á la prisión, Juan debió pensar sin duda en la vanidad de los proyectos humanos, y seguramente recordaría que le era preciso cambiar el epitafio que había ideado antes de su entrevista, reformando la inscripción en los siguientes términos:

AQUI YACEN LOS RESTOS MORTALES  
DE JUAN CHIVERY,  
QUE NUNCA HIZO NADA NOTABLE.  
MURIÓ EL AÑO 1826  
A CONSECUENCIA DE UNA PASIÓN DESGRACIADA;  
AL EXHALAR EL POSTRER ALIENTO ROGÓ A SUS PADRES  
QUE GRABARAN EN LA LÁPIDA DE SU TUMBA  
EL NOMBRE DE AMY,  
Y SUS INCONSOLABLES PADRES  
HAN CUMPLIDO SU DESEO.

